

Hace calor en Madrid, la primavera ha irrumpido con fuerza. Mi hija Inés y Juan juegan en el arenero resguardados del sol por la sombra de los castaños que rodean esa zona del parque. Su lengua de trapo no les impide inventar mil historias que amenizan las tardes de rutina.

Mientras, sentadas en el bordillo del arenero, Sandra y yo pasamos las tardes conversando sobre la maternidad, la culpa o la última receta de la Thermomix. Nos conocimos en ese mismo lugar hace justo un año. Tras coincidir varios días y mediar en varios conflictos infantiles acabamos compartiendo toallitas en algún cambio de pañal.

Al final, el momento vital en el que nos encontramos nos invita a congeniar, las dos en una ciudad que no es la nuestra, movidas hasta aquí por el trabajo, compartimos hijos de la misma quinta que disfrutaban de las mañanas en la misma escuela infantil. Cuando uno tiene estas circunstancias, la necesidad de crear tribu y encontrar personas con las que compartir las recetas de baby lead weaning o la oferta de pañales en el super del barrio, apremia. Parecen temas banales, pero por algo se empieza.

Cuando te vas a convertir en madre puedes leer mucho sobre crianza y puericultura, formarte en primeros auxilios pediátricos o lactancia materna, conocer las señales del parto. Pero si siempre de la teoría a la práctica hay un trecho, en estos temas puede resultar más bien un abismo. Nadie te prepara para ello, y sobre todo, nadie te prepara si algo no sale como esperabas. Todo el mundo asume que las cosas van a ir bien.

Mi historia de maternidad empieza sin diferir mucho de las que aparecen en los libros, con su parto eutócico, su ingreso de 48h en la maternidad, su puerperio inmediato luchando con alguna que otra noche de gases y gestionando la subida de la leche. La verdad es que no pensaba nunca que existieran otros escenarios. Me abrió los ojos conocer a Sandra y que ella me contara como vivió esos momentos, un parto prematuro en la semana 28 cuando acababan de volver de las vacaciones en la playa supuso un inicio nada esperado para ella, con lágrimas en los ojos me hablaba de las noches en vela cada vez que alguna complicación acechaba con empeorar el pronóstico de Juan. Sandra nunca había pasado tanto miedo como cuando escuchaba desconcertada los pitidos de las alarmas en la UCI neonatal, el revuelo cada vez que Juanito dejaba de respirar despertaba todos sus fantasmas.

-Este niño se atora- le decía una auxiliar de acento malageño que cubría el turno de mañanas. Y Sandra siempre respondía -es un luchador, lo que no sabes es que no quiere que os olvidéis de que sigue aquí.-

Mi vida se paró el día que asistí con incredulidad a las tres semanas de dar a luz a unos moquetes inofensivos en Inés acompañados de algún ruidito respiratorio. A las pocas horas, mi instinto me hacía pensar que algo estaba pasando y nos acercamos al

hospital. Lo que ocurrió desde que entramos por urgencias hasta verla intubada en un lóbulo solitario de la UCI pediátrica se difumina en mi cerebro.

-Inés tiene una bronquiolitis, vamos a tener que ingresarla- me dijo el pediatra de urgencias. Al cabo de algunas horas, a pesar del oxígeno Inés dejaba por varios segundos de respirar, y eso desencadenó un ejército de personal sanitario para descubrir que esas pausas de apnea requerían de medidas más invasivas. Inés celebraría su primer cumpleaños con un dibujo realizado por las enfermeras del turno de noche colgado de la cama de la UCI.

Durante esos días, mi producción de leche superaba con creces las necesidades escasas que requería Inés por la sonda nasogástrica que le alimentaba. Recuerdo las palabras de la enfermera que cada vez que me veía enchufada al sacaleches mientras acariciaba las pequeñas manos de mi hija me decía, - cariño, que sepas que esa leche es la que va a curar a tu bebe, no lo dejes, aunque sea duro-.

Durante los ratos de espera en la sala de familiares uno de los carteles hablaba sobre la importancia de donar leche, me interesó y fui a informarme directamente en el banco de leche del hospital.

Afortunadamente, al cabo de cinco días, su estado había mejorado y por fin pude de nuevo darle el pecho, recuerdo ese primer agarre y la lagrima que me recorrió la mejilla al descubrir que no se había olvidado de su teti. Y una vez superados esos primeros días, en casa, decidí comenzar a donar leche. Mientras lo hacía, fantaseaba con los nombres de los receptores, me gustaba pensar que ese bebe que me acaba de sacar iba a ser para Olivia, por ejemplo. Me gustaba pensar que esos niños alimentados con mi leche llegarían algún día a ser científicos o ingenieros, o que a su vez, alguna de esas niñas se convertiría dentro de 30 años en una donante de leche. Pero sobre todo me reconfortaba pensar que, gracias a esa leche en parte, estaba permitiendo a sus papás seguir soñando y fantaseando con su futuro.

Sonia me contó un día en el parque, que Juan había estado ingresado en la UCI neonatal de ese mismo hospital al que yo llevaba semanalmente mi leche congelada. Y que casualmente durante sus primeras semanas de ingreso recibió leche donada, y entonces nos dimos cuenta de que eso sucedía en las mismas fechas en las que yo había sido donante. Ella siempre que veía como conectaban esa leche a la sonda nasogástrica del pequeño Juan que apenas pesaba un kilo pensaba en esas gotas de oro líquido y fantaseaba sobre el origen de las mismas. Mira, este chupito de leche está patrocinado por Ana, por ejemplo, que mientras se sacaba la leche estaba acunando a su bebe en la hamaquita mientras le cantaba nanas en euskera, como hacía su abuela cuando ella era pequeña.

Hace 3 días, ajenos a nuestra mirada, Juan e Inés compartieron la celebración de su segundo cumpleaños con los amigos de la escuela infantil. Entre sonrisas,

descubrimos al narrar sus historias que esta era la de dos hermanos de leche y que sus madres Ana y Sandra, ya se pensaban sin conocerse y ya se conocían sin quererse.